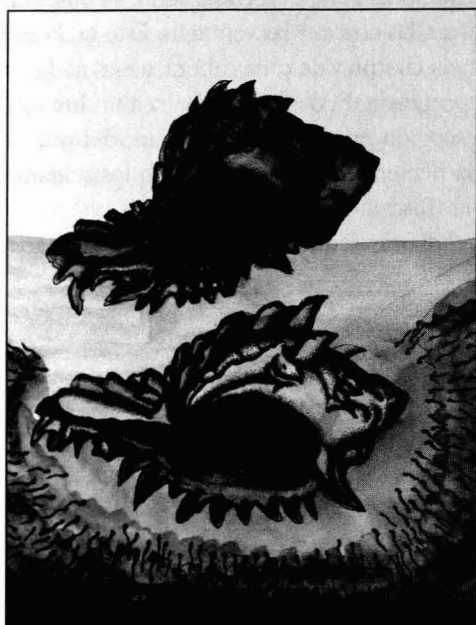


Anécdota del crimen



El policía no pudo reprimir un gesto de horror. Lo que veía y lo que se imaginaba le dañaba los nervios igual que la piel. Frente a él estaba “aquello”, que no era lo mismo que otras veces. Y no quiso divulgar su revelación. Se la guardó, sólo para su mente que había sufrido un choque con el encuentro. Un choque duro, seco, triturante, como ése que causa la mujer amada cuando, sin quererlo tal vez, descubre que sus palabras no corresponden a la realidad, que sus hechos traicionan la confianza; en fin, que la presencia de un tercero a la manera de un cuerpo sin sombra o una sombra sin cuerpo —la de un fantasma— se adivina fugazmente en el más mínimo detalle de un amante enamorado, lleno de mil ojos, penetra y sabe. Y odia furiosamente. La traición es un crimen. La traición del amor bien puede obligar al santo a despojarse de sus vestiduras y, desnudo totalmente, lanzarse a la lujuria.

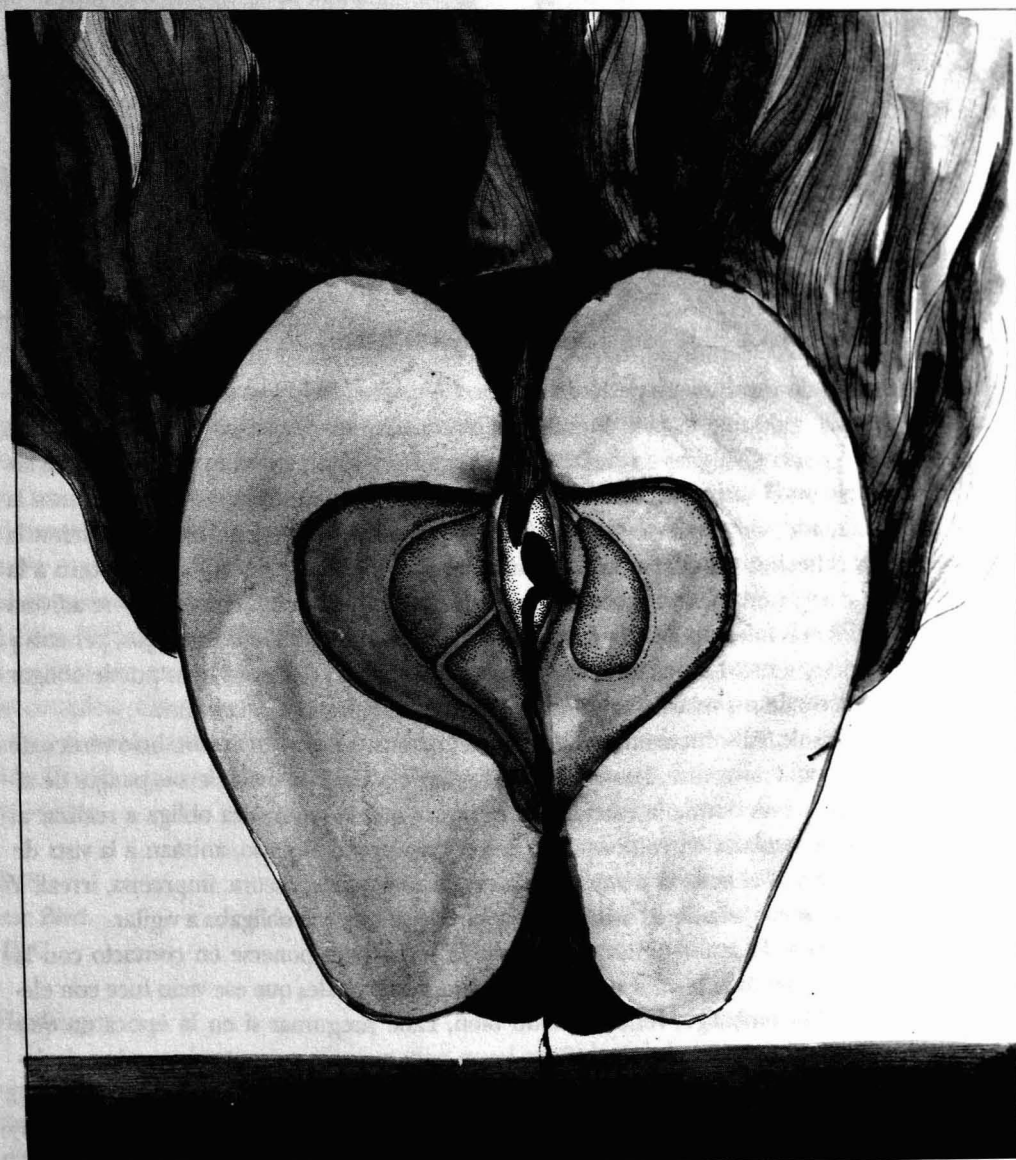
Había quedado solo. Absolutamente solo en la alcoba que, sumida en un sombrío vértice de sombras, apenas podía advertirse. Los ojos de él, mirándola, era como en ciertos pasajes de algunas películas francesas donde la escena más hermosa que la naturaleza obliga a realizar al hombre y a la mujer, enlazados, roídos por el deseo y acelerado el pulso, animan a la vista de un público que adivina el acto, al través de una revelación velada, oscura, imprecisa, irreal. Y así, parecido a esa escena, era aquel sitio que el deber de su cargo le obligaba a vigilar.

Era muy joven aún. El autor diría que demasiado joven para ponerse en contacto con la crueldad humana y con toda la enorme cola de vísceras espirituales que ese vicio luce con elegancia palaciega. Sin embargo, reflexionando bien, cabe preguntar si en la época en que tiene lugar este relato, se puede ser demasiado joven para ponerse en contacto con lo más desagradable de la naturaleza humana, o si acaso ya no hay edad alguna que limite ese abrazo y, por consiguiente, cualquiera edad ya no tenga importancia. Y dé los mismos resultados. En fin, era muy joven y, por eso, era poco afortunado.

Lentamente, en el centro de sus venas el ritmo vascular se fue acelerando alocadamente. Poco a poco la red de su sistema nervioso que ya empezaba a cubrirse de acero, para ser más útil a su trabajo y menos útil a su ternura, comenzó a darle un aviso. Algo así como el imperceptible sonido de un telégrafo lejano, o tal vez el sonido de una voz de alguien perdido entre las nieves de los Alpes suizos y en petición de auxilio. O si se quiere, como en esa obra musical de Respighi —los *Pinos de Roma*— que, en uno de sus pasajes, trata de sugerirnos por medio del efecto acústico el próximo y majestuoso avanzar de las legiones romanas por la Vía Appia. Imagínelo como quiera. Era todo eso que nuestro héroe percibía apenas e iba aclarando el fenómeno, lo trascendental de “aquello” que tenía frente a sus sentidos. En su memoria trabajó lúcida la avidez del recuerdo. Y esto, amigo, suele ser doloroso.

Su llegada correspondió a la aparición de todo el cuerpo de compañeros que, como él, pueden calificarse de vigilantes nocturnos. Ellos, igual que él, deben hacer el mismo recorrido y vigilar, observar a los sospechosos que, bien visto, nadie sabe dónde tienen lo sospechoso; suprimir a las mujeres galantes ya que sólo los hombres tiene derecho a serlo, y conservar la paz. Esa paz minúscula de las esquinas y las puertas, las cruces y las ventanas. Esto es, la paz de bolsillo y externa. La que no existe dentro de cada cuerpo y de cada cabeza, a esa, nadie se ocupa de ponerla en orden, no tiene la mayor importancia. El destino utilizaba a un hombre y, como siempre, lo hacía misteriosamente. El escogido era el joven guardián, del que se habla y que se destaca en este pequeño relato a la manera de los gladiadores o los soldados griegos, en los sarcófagos de la época clásica helena. Toscamente tallado, pero vivo.

La noche iba a ser su única compañera. Hasta el día siguiente era su obligación permane-



cer en aquel sitio, cuidando de que todo quedara igual. De que nadie tocara nada. De que "aquello" siguiera ahí, inmóvil, frente al espejo. De que no hubiera otra voz sino la suya, pidiéndose un cigarillo para que el silencio no le molestara tanto y dejara de ser, como es, el palacio de los fantasmas. También podría, durante ese tiempo, preguntarse por la hora y contestar en voz alta, como si fuera un reloj humano. Y si soñaba, debería hacerlo despierto, según lo mandaba el reglamento de los hombres de éxito.

Justo es dejar en claro un hecho que seguramente no habrá usted pasado por alto. Cerca del cuerpo de este héroe del que estamos relatando una historia, y que era un cuerpo realmente elástico y duro, estaba "el otro" en condiciones completamente distintas. Esto es: flácido, apagado, quieto, a medio sentar en una cómoda silla y frente a un espejo. Era, ya lo habrá adivinado usted, un cadáver.

Volver a ver los sucesos que componen toda una secuencia de cualquier historia humana no es fácil, si no se tiene una memoria curada de espanto, ajena o fría a las cosas del dolor o del placer. Nuestro joven guardián no la tenía tan pura, sin embargo, cosa curiosa, todo lo que había pasado unas horas antes lo veía y lo entendía claramente. Y encontraba lógico el desarrollo de los hechos. De pronto se dio cuenta de que lo que sucedía cerca de él no era humano. El sudor corrió sigiloso por su piel y los labios se le empalidecieron ligeramente. Vio el lento fenómeno que se producía en la tersa y profunda página del espejo. Al hermoso espejo veneciano le era forzoso que recreara, multiplicara el juego de la muerte, y no lo hacía. Al contrario, de su infinito desaparecía la imagen, el cadáver. Ese cadáver que también era el de un hombre joven. Ahora lo observó bien el vigilante nocturno. Nada. Eso era lo que estaba en el espejo: un vacío espectacular. Sin embargo, enfrente, el cadáver continuaba en el mismo sitio, en la misma silla, con la posición original. Flácido, quieto, dormido, con la cabeza colgando hacia adelante y un puñal en el corazón instantáneamente detenido. Pero no. El espejo era implacable: no lo reflejaba, no lo devolvía; lo había borrado del azogue como por una mano nerviosa y encantada.

Pasaron uno, dos, tres minutos y lo mismo. El vigilante iluminó la estancia con su lámpara sorda, pensando que todo era obra de su imaginación. Y hay que hacer constar que eso es cierto. Todo lo que sucede es obra de la imaginación. Lo malo es que los hombres se empeñan en creerlo todo y es cuando comienza el sufrimiento de la verdad. Pues bien, su lámpara se perdió al reflejarse a sí mismo, pero al instante golpeó con su luz a una súbita figura que móvil, apareció en el mundo plano, cuadrangular del espejo. Y ahora, la verdad no era la muerte sino la vida. Una inesperada vida tan increíble como la muerte.

El nuevo y antiguo personaje se levantó cuidadosamente, avanzó desde el cristal hasta el espacio de la alcoba y entró en ella. Sigilosamente pasó a un lado de su cadáver y se detuvo junto a una mesa sobre la cual varias páginas escritas reposaban. Encendió una veladora, tomó una de las hojas escritas a mano y leyó. Después, como si continuase una vieja labor de cientos de años, comenzó a escribir sobre la señalada página alcanzada y de pronto se encontró con que algo le molestaba entre sus dedos. Nuestro vigilante que lo miraba atento, comprendió que eran huellas de sangre. Sacó su pañuelo y silenciosamente se lo entregó, sin decir una palabra, para que el otro limpiara sus dedos. Así se hizo. Sin inmutarse, sin volver los ojos para verlo, como si ambos fueran miembros de una misma secta que en ese momento practican una ceremonia bien estudiada y detallada y que ya no necesitan ni de la voz, ni de la mirada para entenderse y hacer el trabajo común. Se diría que sólo el pensamiento de ambos era suficiente para sincronizar sus actos. El otro tomó el pañuelo.

No puede decirse en este relato cuánto tiempo se tomó en terminar su escrito el recién venido. Cuando terminó su trabajo fue hacia su olvidado cuerpo asesinado y borró con el mismo pañuelo los rastros invisibles que pudieran quedar. Después regresó al espejo, por donde desapareció.

El vigilante, devolviendo un aspecto de normalidad al interior del aposento, fue a contemplar la última página tocada por el criminal revelado. Y eso, precisamente eso, le horrorizó y le dejó paralizado como si hubiera sentido una descarga eléctrica. Un poema exactamente igual al suyo estaba ahí terminado, misteriosamente. Un gran poema lleno de blasfemias, protestas, ternura y dolor.

Desde entonces algunos sospechan que era un poeta solitario. ◇